

En enero de 1913, por petición del Delegado Apostólico de Bogotá, Colombia, América del Sur, las Misiones anotadas que anteceden fueron encargadas a los padres josefitas de Mill Hill, Inglaterra. Podría resultar interesante para nuestros lectores conocer la historia de cómo se fundaron estas Misiones.

Fue en el año 1900, cuando me encontraba a cargo de La Misión de los Negros de San Agustín en Louisville, Kentucky (la cual hace años también había estado a cargo de los padres josefitas, uno de los cuales fue el padre Green), cuando leí un artículo en el *German Messenger of the Sacred Heart*, editado en Cincinnati, acerca de dos islas, San Andrés y Providencia, pertenecientes a Colombia, Suramérica. Afirmaba este artículo que en estas islas, habitadas por negros de habla inglesa, nunca antes ningún sacerdote católico había intentado establecer la religión católica.

Enseguida le solicité a mi obispo el permiso para ir allá. A mi llegada a New York, se me dijo que ningún barco de vapor iba a estas islas. Así que tomé un barco hacia Jamaica, Cartagena (Colombia) y Limón (Costa Rica). En este último puerto se me informó que, de vez en cuando, pequeños veleros partían hacia las islas. En Limón fui detenido durante cuatro semanas por causa de la fiebre amarilla que prevalecía allí.

Por fin un pequeño velero de aspecto miserable salía hacia San Andrés. Cuatro negros eran su tripulación, y yo era el único pasajero. Me dijeron que con buen viento llegaríamos en cuatro días.

Desafortunadamente o no había viento o la mayor parte del tiempo teníamos viento en contra, con la consecuencia de que demoramos catorce días en llegar en vez de cuatro. Catorce días que pasé acostado en la cubierta de ese pequeño velero, día y noche, sin la más mínima comodidad. La comida que tenía la tripulación era yuca y cerdo salado; mi pobre estómago no la podía digerir, de modo que ayuné por catorce días. Cuando finalmente llegamos, yo estaba tan débil que escasamente podía mantenerme de pie.

Cuando llegamos al puerto de San Andrés, un hombre que pasaba al lado nuestro en una canoa le preguntó a la tripulación que quién era el extranjero que tenían a bordo. Cuando respondieron que era un sacerdote, él dijo: “No queremos ningún sacerdote”. Esa fue la bienvenida. Mi primer llamado fue a la casa del prefecto de la Gobernación. Llegué allí como a las once a.m. Yo aún estaba ayunando, ya que durante nuestros problemas mar adentro yo había prometido celebrar misa en acción de gracias el día de nuestra llegada, si podíamos llegar antes del medio día. Con el consentimiento del prefecto, pude cumplir esta promesa en su habitación.

02

Las misiones de las islas de San Andrés y Providencia en el mar Caribe

The missions of St. Andrews and old Providence islands in the Caribbean sea

Después de misa traté de conseguir alojamiento en algún lado. En la isla no había ni hoteles ni restaurantes. En todos lados me daban la misma respuesta: “No hay lugar”. Enfermo y débil como estaba por la fatiga del viaje y el largo ayuno, traté de caminar hacia el lado norte de la isla, pues me habían dicho que un ex capitán llamado Hoopman vivía allí y tenía una pequeña familia y una gran casa; por lo tanto, tal vez me alojara.

Cuando me dirigía hacia allá, me sentí tan débil que me quebranté y me senté sobre el tronco de un árbol hasta que alguien pasara y me ayudara a llegar a la casa del ex capitán. Encontré al dueño enfermo y reacio a alojarme. Me dijo que él era un bautista muy creyente y que no quería problemas con su pastor, que yo tendría que obtener el consentimiento de éste antes de que él me alojara. De modo que simplemente me tocaba someterme a esa condición, cazar al importante predicador y, luego, retornar con el permiso requerido. Conseguí el cuarto. Al día siguiente la fiebre tropical me tiró al catre, del cual no me pude mover por dos semanas, ni tener ninguna evacuación intestinal por el mismo tiempo. Nadie me cuidaba. Tuve que contratar a un negro y pagarle un dólar al día por alcanzarme un vaso de agua cuando necesitaba uno. El primer buen samaritano en llamar no fue el prefecto ni ningún otro oficial del Gobierno colombiano, los cuales eran (nominalmente) católicos, sino un judío llamado Abraham. Tiempo después terminé bautizando a uno de sus hijos. Éste, luego, fue uno de mis monaguillos. Me tomó algunos meses recobrar mis fuerzas. Yo celebraba misa todos los días sobre una pequeña mesita en mi cuarto totalmente solo. Después de seis meses, ayudado por las donaciones de un amigo en los Estados Unidos, construí un pequeño armazón de madera. El área de abajo la usaba para el servicio divino, arriba, bajo el techo, estaban mis espacios para vivir y dormir.

Seis meses más tarde visité la isla de Providencia con algunas de las personas. Llegamos un sábado. Fui de una vez a ver al predicador cabeza de las tres iglesias bautistas, llamado Simón Howard. Me presenté como un sacerdote católico y le ofrecí mis servicios para el día siguiente.

El me miró sorprendido y dijo: “¿Qué puede usted, un sacerdote católico, hacer para mí?” Yo respondí: “Puedo dar el sermón por usted”. Él contestó: “Me temo que eso podría ser peligroso”. Sin embargo, después de reflexionar un momento, accedió. Así que prediqué en la iglesia bautista al día siguiente. Era el primer domingo de cuaresma. El sermón fue acerca de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo por nuestra redención.

Después de la homilía, el señor Eusebius Howard, un medio hermano de Simón, vino a mí y me invitó a predicar el mismo sermón en su iglesia el próximo domingo. Yo accedí. Eusebius había trabajado con Simón, pero una división en la congregación lo llevó a crear su propia iglesia. Algo ocurrió durante la semana, que me impidió cumplir mi promesa de predicar en la iglesia de Eusebius. Pero cumplí con mi palabra más adelante. Yo había hecho arreglos para venir y quedarme una semana o más y dar un servicio a la misión, como la solemos llamar nosotros. A él y a sus seguidores les pareció bien. En vez de una semana, duró tres. Terminó el día 8 de diciembre de 1902, con la conversión de Eusebius y casi

todo su rebaño. Por ende, la antes llamada Iglesia Bautista Bethel se transformó en la cuna de la misión católica de la isla de Providencia. Eusebius ha sido desde entonces llamado a su recompensa eterna. El reverendo padre Timothy St. John (Connelly), a quien conocí en Philadelphia al año siguiente (1903), fue mi primer sucesor. Ofreció sus servicios para la misión a pesar de su edad (61 años). El era un alma santa. Trabajó solo y arduamente después que me fui a Cuba. En corto tiempo construyó otra capilla en el lado este de la isla. En 1910 su fuerza le abandonó y falleció en el hospital en Panamá.

Las hermanas de color de la Divina Providencia, que yo había llevado a la isla desde Baltimore en 1903, y quienes a pesar de su corta estadía habían hecho una gran labor para el bien de las jovencitas, carecían de perseverancia y se habían marchado otra vez. Hace algunos años los sacerdotes josefitas de Baltimore estaban a cargo de la Misión, y dos sacerdotes jóvenes, dos hermanos, los padres Albert de Brooklyn, New York, habían trabajado con gran éxito añadiendo dos capillas más a la Misión. De repente el Gobierno colombiano le pidió al Delegado Apostólico que los josefitas de Baltimore fueran reemplazados por los otros misioneros.

Hubo un incidente durante las tres semanas que pasé en la misión de la Iglesia Bautista Bethel, que nunca olvidaré. Yo deseaba inspeccionar el lado este de la isla desde la cima más alta de la cadena de montañas. Acompañado por un joven llamado John Archbold, como guía, nos fuimos después de misa esperando estar de regreso al atardecer para la siguiente misa.

Llegamos a la cima de la montaña pasando “las duras y las maduras”, escalando por un estrecho pasaje por entre las montañas. Cuando descendíamos, nos cogió la noche, y no había luna; así que no podíamos ver ni un paso hacia adelante de nosotros, entre los árboles. Nos sentamos toda la noche sobre una roca tratando de mantenernos despiertos rezando el rosario y cantando unos himnos, porque si nos dormíamos podíamos caer cuesta abajo sobre la roca. Grande fue la ansiedad de la gente al ver que no volvimos a tiempo para celebrar la misa por la tarde. Los hombres caminaron por las orillas del mar con una linterna y preguntando si alguien nos había visto. Igualmente grande fue su alegría cuando llegamos temprano, la mañana siguiente, a pesar de que estábamos empapados en sudor.

Ésta es, en resumidas cuentas, la corta historia de la fundación de la primera misión católica en estas islas.

Los padres josefitas actuales tienen una gran tarea al frente de ellos y merecen la ayuda de nuestros lectores, pues se necesitan más capillas. Corn Island debe ser incluida. Habiéndose quebrantado mi salud y sufrido una operación bastante delicada, me sentí obligado a retirarme a mi lugar de origen. Ahora sólo puedo ayudar a mis sucesores a través de mis humildes oraciones.

THE MISSIONS OF ST. ANDREWS AND OLD PROVIDENCE ISLANDS IN THE CARIBBEAN SEA

In January of the year 1913, Missions were named upon request of the Apostolic Delegate at Bogotá, Colombia, South America. They were given to the Josephite Fathers of Mill Hill, England. It may be interesting for the readers to hear the history of the foundation of these Missions.

It was in the year 1900 when I was in charge of the St. Augustine's Negro Mission in Louisville, Kentucky (which years ago had also been run by the Josephite Fathers, Father Green having been one of them) that I read an article in the German Messenger of the Sacred Heart, edited in Cincinnati, about two islands; St. Andrews and Old Providence belonging to Colombia, South America. It was stated in the article that in those islands, which were inhabited by English speaking Negroes, no attempt had ever been made by a Catholic priest to establish the Catholic religion.

I applied to my Bishop for permission to go there at once. Coming to New York, I was told that no steamships would go to those islands. Therefore, I took the steamship to Jamaica, Cartagena, Colombia, Limon and Costa Rica. In the later port, I was told that small sailing boats would occasionally set out for the islands. At Limon, I was detained for four weeks on account of the yellow fever prevailing there.

At last a miserable little sailing boat set out for St. Andrews's, having four colored men as crew, I was the only passenger. They told me that with a fair wind we would get over in about four days.

Unfortunately, we had either no wind or contrary wind nearly all the time, and the consequence was that it took us fourteen days instead of four. Fourteen days I was lying on the bare deck of the little boat; day and night without the least comfort. The food the crew had was yucca and salted pork, which my weak stomach could not digest. So I fasted for fourteen days and when we finally landed I was so weak that I could scarcely stand on my feet.

When we entered the harbor of St. Andrews a fellow passing us in a canoe asked the crew of our boat who was the stranger they had on board and when they said: a priest, he replied: "We don't want no Priest." This was the welcome. My first call was at the house of the Prefect of the Government, reaching there at about 11 a.m. I was still fasting for in our troubles on sea I had promised to celebrate Mass in Thanksgiving on the day of our arrival, if we would land before noon. With the consent of the Prefect, I fulfilled this promise in his room.

After Mass I tried to get a lodging-place somewhere, there being no hotel nor restaurant in the island. Everywhere I got the same answer: "No room". Sick and feeble as I was from the fatigue of the voyage and long fast, I tried to walk to the north end of the island. As I was told an ex-Captain Hoopman lived there and had a big house and a small family and might give me lodging.

On the way there I got so weak that I broke down and sat on a stump of a tree till somebody passed by who helped me reach the ex-Captain's house.

I found the owner sick in bed and unwilling to keep me. He told me that he was a strong Baptist and that he wanted no trouble with his pastor, and that I would have to get the latter's consent before he would keep me. So I had simply to submit to the

condition, hunt up the important preacher and then return with the required permission, I got a room. On the following day the tropical fever threw me on my cot, on which I could not move for two weeks, nor did I have any movement of my bowels for that length of time. Nobody looked after me. I had to hire a Negro and pay him a dollar a day for handing me a glass of water when I wanted one. The first Good Samaritan that called was not the prefect nor any of the other officials of the Colombian Government, who were all (nominal) Catholics, but a Jew, Abraham by name. One of his boys I afterwards baptized, who later became my altar boy. It took me some months to regain my strength. I celebrated Mass daily on a little table in my room all alone. After six months, assisted by the offerings of friends in the United States, I put up a little frame building. Downstairs I used for divine service, up under the roof was my living and sleeping place.

Six months later I visited the Island of Old Providence with some of the people, arriving on a Saturday. I went at once to see the head preacher of the three Baptist churches, Simon Howard by name, and introduced myself as a Catholic priest, and offered him my services for the following day.

He looked at me in surprise and said: "What can you, a Catholic priest, do for me?" I said, "I can preach for you." to which he replied, "I fear this might be dangerous." still, after a moment's reflection, he consented. So I preached in the Baptist church on the following day. It was the first Sunday in Lent. I preached on Christ's passion and death for our redemption.

After service Mr. Eusebius Howard, a half brother of Simon, came up to me and invited me to preach the same sermon also in his church on the following Sunday, to which I consented. Eusebius had formerly worked with Simon, but a split in the flock made him start a church of his own. Something occurred during the week, which prevented me from keeping my promise to preach in Eusebius' church, but I fulfilled my promise later on. I had made arrangements with Eusebius to come and stay a week or more and give a service-mission as we call it, in which he and his people consented. Instead of one week, it lasted three weeks, closing December 8th, 1902, with the conversion of Eusebius and nearly all of his flock. Thus, the former Bethel Baptist church became the cradle of the Catholic Mission in Old Providence Island; Eusebius has since been called to his eternal reward. Rev. Father Timothy St. John (Connelly) whom I met in Philadelphia the following year, 1903, became my first successor, he offering his services for the Mission in spite of his age, 61. He was a holy soul and worked hard all alone after I went to Cuba. Before long he got up another chapel on the east side of the island.

In 1916 his strength gave way, and he died in the hospital at Panama.

The colored sisters of Divine Providence whom I had taken to the Island from Baltimore in 1903 and who, for the short time they stayed, had done a great deal of good among the young girls, had no perseverance and left again. During the past few years the Josephite Fathers of Baltimore were in charge of the Mission, and two young priests, two brothers, the Fathers Albert natives of Brooklyn, New York, had worked with great success adding two more mission chapels, when all of a sudden the Colombian Government had asked the Apostolic Delegate to have the Josephites

of Baltimore replaced by the other missionaries.

One incident during the three-week mission at the Bethel Baptist church I shall never forget. I wanted to inspect the east side of the Island from the top of the highest spot of the mountain range. Accompanied by a young man John Archbold, as a guide, we left after Mass expecting to be back for evening service. We reached the top of the mountain by going through thick and thin, climbing up a gullet. Coming down, night overcame us, and as there was no moonlight we could not see one step ahead of us in the woods. We sat all night on a rock trying to keep awake by saying the rosary and singing hymns, for if we had fallen asleep there was great danger of falling down over the rock. Great was the anxiety of the people when he failed to return for the evening service. The men walked along the seashore with lanterns inquiring whether he had been seen by anybody. Great also was their joy when we arrived early on the morning, though we were soaking wet from perspiration.

This is in short the history of the foundation of the first Catholic Mission in these Islands.

The present Josephite Fathers have a great work before them and deserve the assistance of the readers, for more chapels are needed and Corn Island must also be looked after. My health being broken, down, and having recently undergone a serious operation, I felt obliged to retire to my native place, and can only assist my successors by my humble prayers.

